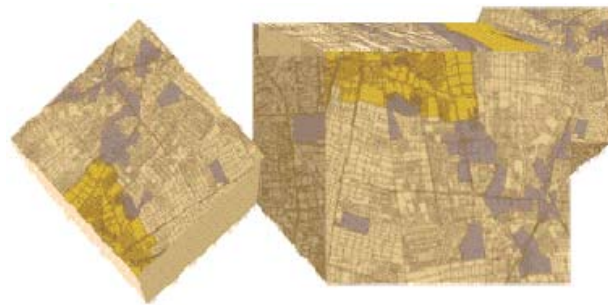


UNIVERSIDAD CENTRAL
FACULTAD DE ARQUITECTURA, URBANISMO Y PAISAJE
CENTRO DE ESTUDIOS ARQUITECTÓNICOS, URBANÍSTICOS Y DEL PAISAJE



DU&P

DISEÑO URBANO Y PAISAJE

José Solís Opazo

LA DERROTA DE LO COTIDIANO

Revista Electrónica DU&P. Diseño Urbano y Paisaje Volumen XI N°27

Centro de Estudios Arquitectónicos, Urbanísticos y del Paisaje.

Universidad Central de Chile

Santiago, Chile. Mayo 2014

LA DERROTA DE LO COTIDIANO
JOSÉ SOLÍS OPAZO

El desenlace de la “cotidianidad obrada”
Sergio Rojas

*“La subjetividad es un asunto objetivo,
y basta con cambiar el escenario y los decorados,
reamueblar las habitaciones,
o destruirlas en un bombardeo aéreo,
para que aparezca milagrosamente un nuevo sujeto,
una nueva identidad, sobre las ruinas de lo viejo”*

F. Jameson: *Semillas del Tiempo*

Desde sus orígenes modernos en el Renacimiento europeo, el momento concreto de la obra arquitectónica se presenta como la *realización de un proyecto*, disponiéndose éste en cierto sentido como lo esencial del pensamiento arquitectónico. Esta relación, en que la *concreción* del pensamiento se subordina a la representación, se ha mantenido poderosamente vigente hasta la actualidad, cuando la existencia ciudadana de los individuos resulta en buena medida condicionada por la trama arquitectónica de sus circuitos de habitualidad. En este proceso histórico, social y político, lo que se denomina *vida cotidiana* viene a ubicarse en el centro de la cuestión, tanto respecto de la producción arquitectónica como de la reflexión sobre el denominado *mundo de la vida* en general.

Considerando lo señalado, el título de este libro, escrito por un arquitecto, nos sorprende. Nos preguntamos de entrada si se trata de la reflexión en la cual su autor toma distancia respecto de la disciplina o acaso más bien se reconduce hacia ella. El objetivo de *dar forma* a la materialidad de la vida cotidiana se encuentra implicado en lo que podríamos considerar como el dilema interno de la arquitectura hoy, o acaso, más precisamente, de los arquitectos, de aquellos que consideran que es parte esencial de su relación con la disciplina el hecho de reflexionar críticamente su hacer. En efecto, por una parte, se demanda de la arquitectura *encontrar soluciones* que correspondan a las expectativas de individuos y colectivos; “soluciones habitacionales” suele decirse, enfatizando la dimensión social y económica de la cuestión, pero se trata también de soluciones políticas, técnicas e, incluso, estéticas. El énfasis en el poder que tendría la arquitectura de *solucionar* problemas que son inherentes al habitar humano, hace de la *representación* –y del tipo de pensamiento técnico asociado a ésta– un recurso fundamental de la disciplina. La arquitectura que piensa soluciones, *piensa representacionalmente*. Sin embargo, por otra parte, como ya lo sugeríamos, ha sido también necesario *reflexionar* esa condición representacional que resulta dominante en la manera de abordar los temas que son propios del habitar. Esta tarea ha requerido de un pensamiento que desde la arquitectura incorpora elementos filosóficos, sociológicos, historiográficos, estéticos. El libro de José Solís nos propone, ya desde el título, que la vida cotidiana es una realidad que está en el núcleo de estos procesos técnicos y reflexivos.

Aquella doble dimensión del quehacer reflexivo en la arquitectura es tanto una condición de la riqueza conceptual contenida en sus proyectos, como también del “malestar” que experimentan en ocasiones aquellos arquitectos que, reflexionando las cuestiones fundamentales de la disciplina, parecen debatirse entre dos extremos: responder a aquellas necesidades técnicas que los aproximan a la “ingeniería” o acoger la vocación reflexiva que los orienta hacia la “filosofía”. ¿Cómo superar esta dicotomía que conduce a algunos a reducir su quehacer a la “solucionática” de problemas por encargo y a otros simplemente a distanciarse de la disciplina?

Una manera de trascender esta división, que muchas veces en las Escuelas de Arquitectura adquiere el carácter de una abierta diferencia y oposición entre áreas que no logran dialogar

entre sí, es asumir el hecho de que la arquitectura comporta en lo fundamental una actividad reflexiva respecto al habitar humano. En efecto, habitar no consiste en lo esencial en ocupar un espacio y delimitarlo, sino en *significar un lugar*. Entonces, el proceso humano de construir en el espacio –considerando que el hombre habita siempre desde una irreductible actividad representacional-, implica necesariamente *significar sobre sedimentaciones de sentido*.

A diferencia del concepto de *vida cotidiana* que subraya la condición intimista, privada y más bien individualista del habitar, el libro en el que ahora ingresamos señala el hecho de que el hombre habita una trama espacio/temporal que constituye un poderoso *horizonte de sentido* para la existencia de la subjetividad. Es decir, el entorno arquitectónico desborda en principio el estatuto de la disponibilidad –subordinada a los fines técnicos o estéticos del sujeto (comodidad, paisaje, estilo, funcionalidad, identidad ideológica o corporativa, etc.)-, y opera tanto como una condición de producción de subjetividad, a la vez como la instancia en la que ésta podría ejercer su autonomía, apropiarse de la existencia resignificando su entorno. Esta condición de lo cotidiano hizo de éste un lugar privilegiado para el pensamiento y la acción de los proyectos de *emancipación* de la modernidad. Esta es precisamente una de las ideas fundamentales que desarrolla el libro de José Solís. Lo cotidiano constituye una poderosa instancia original de socialización de la subjetividad (acaso de subjetividad “sociologizada”) y, en consecuencia –desbordando, tal como el libro lo señala, la diferencia entre lo público y lo privado-, opera como un proceso de normalización y anonadamiento. En este sentido, afirma el autor, cotidianidad y libertad “no se avienen”. Pero, debido a esta misma condición, lo cotidiano es en la modernidad el objeto de importantes ideas y programas cuyo asunto ha sido precisamente la *emancipación*.

La cuestión que se plantea entonces es cómo podría llegar a ser concretamente intervenida la cotidianidad si no es conforme al paradigma *representacional* de la modernidad. Esto significa que todo proyecto de emancipación que tenga por objeto la vida cotidiana, habría de operar inevitablemente bajo el imperativo de la *realización* de un concepto o de una idea. Como ha señalado Hegel, la modernidad es la época en que la razón y la realidad se enfrentan de manera irreductible, cuando la exigencia a la que responden los programas de acción consiste en la *realización de una idea*. La mayor extrañeza no proviene del contenido de una idea, sino de lo que acaece cuando ésta se hace realidad y emerge lo que en ella había de impensado.

José Solís desarrolla el problema de lo que denomina el “modelamiento total” de lo cotidiano, recurriendo a conceptos provenientes de diversas tradiciones filosóficas, arquitectónicas, estéticas y sociológicas. El concepto de una *cotidianidad obrada* resulta ser una aporía, una especie de *oxímoron* en cuanto que se ensaya realizar en lo cotidiano un proyecto de emancipación, cuando de lo que se trataba era precisamente de liberarse el hombre respecto de las formas que de manera externa se le imponen a la existencia para definirla. El ingreso del inédito poder de las nuevas tecnologías en la cotidianidad nos sugiere a la vez un coeficiente inaudito de inestabilidad. No es una inestabilidad que amenace a lo cotidiano, sino que lo constituye internamente. La inestabilidad de lo cotidiano viene dada por el ingreso de magnitudes inéditas e irrerepresentables en la dimensión de la disponibilidad. Esto determina una especie de índice de *inestabilidad* que sería esencial a lo que se denomina vida cotidiana.

He aquí el hito que significó la *Bauhaus* en la historia del pensamiento contemporáneo, un proyecto cuyos principios exceden en mucho el marco conceptual de un concepto de Escuela, porque intenta hacerse cargo de lo que significa el habitar humano en la época de la técnica. La Bauhaus condujo hacia el límite de sus posibilidades conceptuales, como proyecto de cotidianización total de la técnica mediante el diseño del entorno cotidiano. En este sentido, podría decirse que la modernidad es constitutivamente “arquitectónica”, sea que se la comprenda desde los principios de la ideología del *progreso* o desde el ideario de la *revolución*, porque en ambos casos se trataría de producirla como obra de la razón. Es la paradoja que expone Schiller, cuando desarrolla la idea de una educación estética del hombre: emancipar al hombre de las necesidades materiales de la vida podría conducirlo a establecer un universo de formas muertas.

En consecuencia, el proyecto moderno de emancipación se dirige hacia la intervención de la vida cotidiana, porque es lo cotidiano –que en la modernidad emerge como el lugar del *ethos* de la subjetividad individual- en donde quisiera cumplirse; pero lo cotidiano comporta esencialmente el pliegue, el secreto, el murmullo. Precisemos este punto. Lo cotidiano se constituye a partir de una red de habitualidades y de protocolos sociales, de dinámicas inerciales y anónimos recorridos circulares, condiciones éstas que contribuyen a una representación espacio-temporal de lo cotidiano que parece inscribirlo a éste en una dimensión ajena a la historia, distante de los *grandes acontecimientos*. Así, se tiende a considerar pre-reflexivamente lo cotidiano como una especie de realidad deficitaria, una frágil superficie de inscripciones fugaces, la delgada escenografía de comportamientos heredados o como la sede natural de un sentido común pleno de evidencias. Considerado de esta manera, lo cotidiano pareciera ser una realidad fácil de interrumpir y de alterar, y en este mismo sentido sería lo cotidiano un tipo de realidad que podría ser intervenida, redefinida y reconstruida por el sujeto, portando la representación en una mano y la técnica en la otra. Describimos de esta manera un gran error, pues aquellos protocolos e inercias, como efectos de superficie, son sólo formas terminales y contingentes de un proceso rizomático ajeno a toda forma de representación. Lo cotidiano es una realidad sólida, densa de intersticios, abundante en secretos cifrados bajo el vaivén de la calma y el bullicio. Lo cotidiano no se contrapone a la alteridad del acontecimiento, sino que su poder consiste precisamente en una capacidad infinita de incorporar la alteridad en su seno, de asimilar la intensidad de lo infamiliar y *contenerla* bajo su superficie.

Lo cotidiano es por lo tanto refractario a su modelamiento por obra de representaciones pre-dadas. Es esta misma condición paradójica la que, en el curso del siglo XX, dio una impronta *vanguardista* al proyecto de una arquitectónica de lo cotidiano. Pues, en efecto, ¿qué otro tipo de pensamiento sino el *artístico* podía ser capaz de encarnar el proyecto de hacer que la existencia cotidiana de los individuos en la ciudad moderna se desplegara a partir de formas vivas? Es precisamente lo que se expresó en la idea vanguardista de que el arte y la vida debían intervenir mutuamente: la vida daría realidad a las ideas que venían del pensamiento artístico, y el arte haría que el suelo de la existencia se poblara de formas reflexivas que permanecerían abiertas a lo inédito. José Solís sostiene la tesis de que en el fracaso de este proyecto consiste la verdadera *derrota de lo cotidiano*.

La derrota de lo cotidiano es, pues, el agotamiento del proyecto de emancipación que había definido el modelamiento de la vida cotidiana como el espacio fundamental de su acción y el objeto de su discurso. Podría pensarse que, en principio, lo cotidiano más bien se sustrae, como resta y reserva respecto a cualquier proyecto que en su realización comprenda en agenciamiento funcional o estético de las formas de habitar. Sin embargo, como observa el autor de este libro, el espectro de una emancipación vinculada a la vida cotidiana regresa en las propuestas del diseño contemporáneo y su complicidad con el *biopoder*. En este contexto, arquitectura, artes y diseño tienden a asimilarse en sus respectivas prácticas de *estetización* en su lectura y apropiación discursiva de una cotidianidad arquitectónica que ha nacido muchas veces como fruto de prácticas de sobrevivencia en condiciones adversas, pero que ha sido transformada por las disciplinas de la representación en propuestas de “informalidad”, “subversión” o “alternativas”.

Este libro expone con amplia información y un alto rigor reflexivo lo que podríamos considerar como una historia de la vida cotidiana en tanto que objeto de interpretación y representación por parte de los discursos de la emancipación en la modernidad, hasta su desenlace y fracaso en las actuales estrategias de cooptación en las “arquitecturas” biopolíticas de lo cotidiano. Este desenlace coincide con los diagnósticos acerca de la muerte del sujeto y la emergencia por doquier de lo “post”. ¿Podrá sobrevivir la idea de emancipación al diagnóstico del agotamiento de la modernidad, en la cual tuvo su origen y desarrollo? Acaso sólo cabe pensar por ahora en lo que habría aún de irrenunciable en la idea de *subjetividad*, sin la cual todo discurso de emancipación no pasa de ser una estética al uso. Es precisamente la cuestión –y la tarea- hacia la que nos conduce José Solís en este libro.